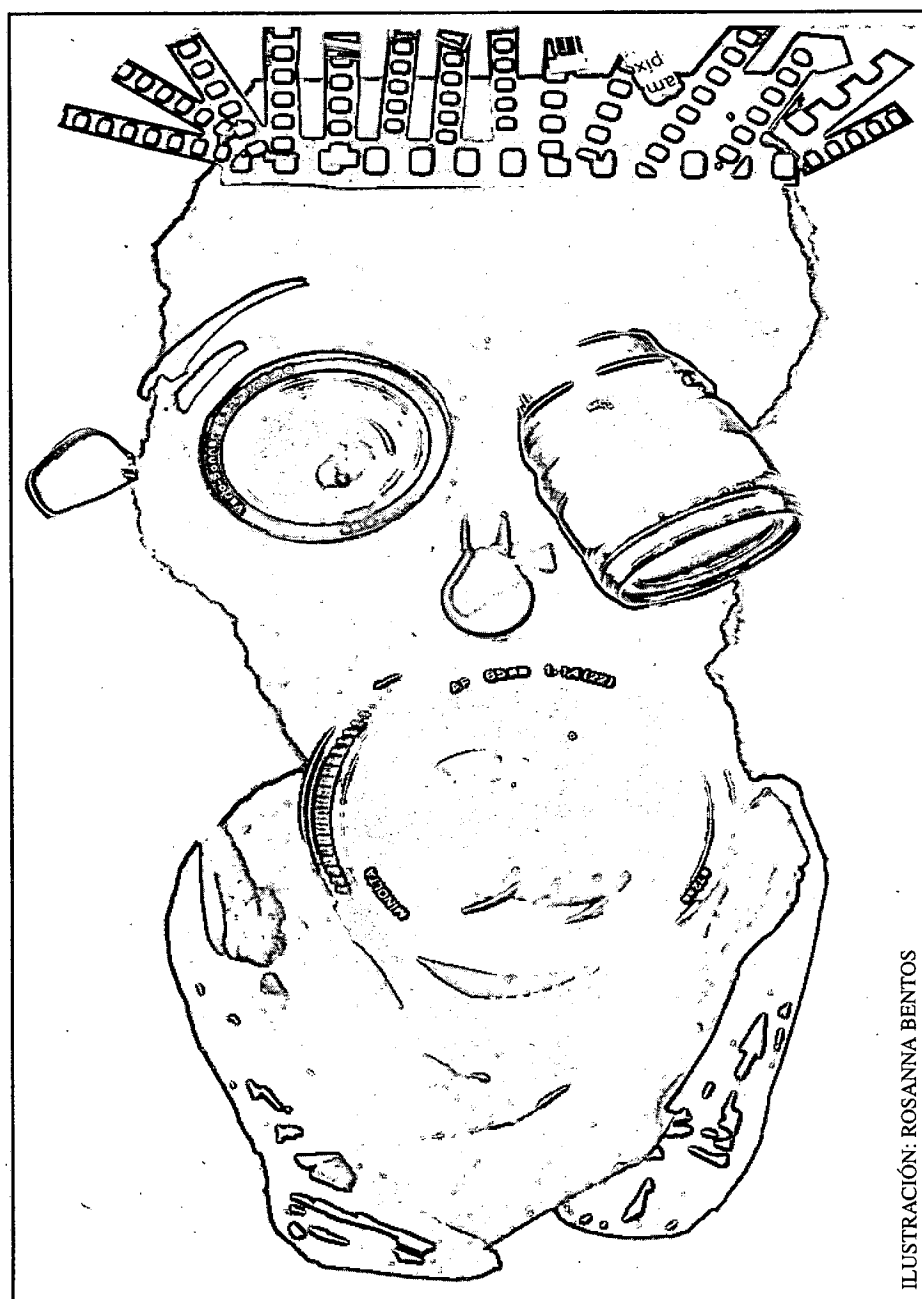


Unas palabras sobre tecnología, cine y sociedad

Y después de la rueda



Cuando Guglielmo Marconi experimentó con sus inocentes comunicaciones sin hilos, ni por casualidad imaginó el impacto que éstas acarrearían en las relaciones humanas. Hecho muy parecido que, en sus respectivos campos, les aconteció tanto a los hermanos Lumière como a la joven Mary Shelley. Lo demás es un poco de historias contadas y por contarse, cine, literatura y algunas presunciones hacia un mundo que ni por un instante deja de estar conectado

□ Daniel Centeno M.

Pero, excepto en estos tiempos de intercambio y confusión, resulta milagroso que tantas especies de seres puedan nacer, desenvolverse y morir sin conocerse, sin odiarse ni estimarse, en las mismas regiones del universo; como esos múltiples mensajes telefónicos que, según dicen, pueden enviarse por un solo cable sin mezclarse ni entorpecerse, gracias a ingeniosos mecanismos.

Ernesto Sábato

giró el rollo de proyección

De entrada, todos percibimos la tecnología con ribetes optimistas. Pero no con un optimismo en estado puro, íntegro e immaculado; si no como una derivación no exenta de ocio y hedonismo.

La tecnología, que no atañe a otra cosa que no sean los medios técnicos, los instrumentos y los procedimientos de un sector o campo, nunca ha dejado de estar emparentada con los inventos y las innovaciones que harán más práctico, cómodo y, por ende, "feliz" el mundo que muchos se imaginan. En otras palabras, pronunciar tal vocablo es imaginarse un perro electrónico que traiga el periódico a cada señal emitida por su disco duro; o, por lo menos, es columbrar un auto capaz de desplegar sendas alas en medio de un fragoroso embotellamiento vial.

Superado este trance; entonces, ya habrá tiempo para configurar las relaciones sociales. Si es que sea necesario el caso; y si es que no existe una máquina calificada para realizarlo por nosotros...

ANTES QUE NADA, EL CINE

El cineasta español Fernando Trueba, en su más reciente visita al país, soltó una perla que aún aletea con insistencia dentro del sistema de creencias y dogmas de algunos autores: "El cine sólo se hace con dos cosas: con literatura y con hombres."

Apegándose a esta máxima se puede pasar de largo la invención de la rueda, indudable hito en la historia de la humanidad y de la tecnología, para detenerse en el poder de las abstracciones escritas; signo inequívoco de evolución humana, tecnológica, artística y social. Pero antes hay que aclarar que tal detención debe permanecer acorde, con los efectos buscados en las palabras de Trueba y en la

orientación deseada para este escrito. Salvado este párrafo explicativo es posible entrar en materia...

Al hablar de literatura se debe ser muy cauto. Los géneros, cualidades y calidades abundan en las letras. Como también sucede con las relaciones que suele fraguar ésta con las demás artes que demandan sus servicios o violan sus derechos. Posiblemente, quien se ha portado de manera más singular con ella sea el cine. A momentos, la trata con encono y poca delicadeza; mientras, en ocasiones resalta sus bondades, bellezas y profundidades como si de un buen amante se tratara.

Con la felicidad característica de un matrimonio mal avenido las salas de proyección demuestran una relación que, pese a sus frecuentes excesos y desatinos, ahorran páginas de lectura, dictan nuevos parámetros de comunicación y pincelan ciertos caminos de cómo llevar las relaciones sociales en un mundo que cada vez se hace más pequeño e interconectado.

Posiblemente, y no por ser el único que lo logre, uno de los mejores géneros literarios y fílmicos en retratar la dupla tecnología-sociedad sea el de ciencia-ficción. Efectivamente, las buenas obras de anticipación le hacen honor a tal denominación pues, con base en hipótesis o enunciados comprobables, confeccionan una enorme telaraña de realidades ya vistas o por verificarse.

HABLEMOS DE EJEMPLOS

Si bien es cierto que el nuevo milenio no comenzó pletórico de robots, de viajes comerciales a la luna, de colonizaciones interplanetarias y de banquetes deshidratados, como erróneamente fue barruntado por muchos fatuos hedonistas; el enorme poder de las telecomunicaciones no ha de menoscabarse. Quizás este

tipo de desarrollo se preste a mayores análisis que los de la ideada y perfecta vida futurista de Supersónico. Y es que cientos de historias, que superan en densidad al personaje animado de Hanna Barbera, dan fe del proceso vivido y por vivir.

2001, *A Space Odyssey* se atrevió a bosquejar un futuro incierto, con sus interrogantes científicas, humanas y filosóficas hacia el papel de las máquinas y su interrelación con el hombre. Obviando las manifiestas profundidades expuestas alrededor de la inteligencia artificial y del "monolítico" enigma evolutivo; la cinta del desaparecido Stanley Kubrick desplegó imágenes y escenas que caminaron más allá de su indudable calidad estética. Basta resaltar la latente soledad e incomunicación manifiesta entre los dos astronautas de misión. Quienes, sumidos en una inaudita hosquedad, anteponían el contacto por un sofisticado ordenador o por un video teléfono (capaz de emitir un saludo paterno de cumpleaños desde la tierra); antes que verse sus propias y cercanas caras en una conversación presencial.

Esta posible realidad representa la más temida por cientos de investigadores, comunicólogos y futurólogos alrededor del orbe. El innegable poder de las computadoras, ahora personificado en la omnipresencia de Internet y sus derivaciones, encarna una preocupación con orlas apocalípticas. Para muchos las sociedades han aprendido a sacudirse muy rápidamente al no menos vertiginoso ritmo del *e-mail*, del *chat* y de otros tantos *softwares on-line*. Antes la gente debía estrechar una mano, tenía que reunirse en algún espacio físico de comunicación y hasta terminaba aspirando el olor de su interlocutor. Ahora lo estándar es mantener noviazgos virtuales, cerrar importantes tratos comerciales por computadora e inclusive mantener acaloradas trifulcas, mediante

el popular sistema de códigos binarios perpetrados desde el teclado más cercano.

Esta realidad palpable, perceptible y evidente asemeja un infinito manantial de ideas, historias y pensamientos de los que luego ha de nutrirse el cine. Por un lado, tenemos las escalofriantes sociedades absolutas, y no libres de una buena dosis de pasión *voyeur*, presentadas en rollos como *1984*, *THX-1138*, *Sleeper* y *Fahrenheit 451*. Mientras, por otra parte, podemos apreciar una *cyber-punk movie* atestada de unas gotas de fantasía prescindible, de códigos binarios, de virus electrónicos y de realidades virtuales, como hasta ahora sólo lo ha logrado *The Matrix*.

Las relaciones sociales presentes en cada uno de estos relatos brillan por su ingenio. En el primer grupo, el humano es un ser anodino, planificado y laborioso ante la mirada de un *Big Brother* omnipresente y de unos bomberos que no necesariamente combaten el fuego. En estas sociedades el hombre no debe pensar, ni leer y menos aún excederse de su dosis diaria de chocolate. Su única misión es actuar como una abeja más del panal, en forma mecanizada, de manera conductual y ciñéndose al horario establecido para sus rutinarias labores.

A diferencia de Orwell, Lucas, Allen y Bradbury, el ser humano de *The Matrix* encarna el papel de una batería alcalina y

“

De verdad, Trueba no se equivocó.

El buen cine debería hacerse
con hombres y literatura...

y también con un poco de realidad.

El ingenio está en conquistar
las proporciones adecuadas

”

de un virus dentro de un gran sistema central de inteligencia artificial. Su realidad sugerida no tiene nada que envidiarle a la actual. De hecho, existen los McDonalds, la música *techno* y hasta los novísimos trajes Armani. No obstante, en el fondo de todo, el hombre es un intruso encadenado, un oso en perpetua hibernación, dentro de una irrealidad, programada y pixelada a la perfección.

Realmente, y a pesar de todas estas

indescartables visiones, el mundo real parece permanecer amigable. Si bien la forma cómo se están dando las actuales relaciones sociales se corresponde con muchos de los avances tecnológicos; éstas también pueden entenderse como un proceso de eterna derivación sobre su misma esencia. Ya el teórico Ignacio Ramonet, mejor conocido por su inocultable protagonismo en las no menos protagónicas tribunas de *Le Monde Diplomatique*, ha aconsejado no percibir con tanto escalofrío todo lo concerniente hacia la comunicación electrónica.

Posiblemente, lo más sano radica en imaginarse un planeta color rosáceo. Un Nueva York en otoño con un Tom Hanks y una Meg Ryan tecleando un amor baladí vía correo electrónico. O mejor es atisbar una realidad ajena a emporios como *Microsoft*, una marca con rígidas normas de convivencia entre sus trabajadores; una planta de trabajo incansable con monitores por todos lados, camas dentro de muchas de sus afanosas oficinas y empleados dispuestos a no salir de vacaciones con su familia hasta no culminar un mega proyecto de sistemas informativos.

De verdad, Trueba no se equivocó. El buen cine debería hacerse con hombres y literatura... y también con un poco de realidad. El ingenio está en conquistar las proporciones adecuadas ■

LA OTRA HAZAÑA DE PROMETEO

En el cine *Frankenstein* es sinónimo de un alto, achatado y monstruoso Boris Karloff; en la literatura *Frankenstein* documenta el nacimiento del género de ciencia-ficción.

La misma génesis de la novela, comentarían los escritores, constituye un preciado material para confeccionar un cuento. Los tintes anecdóticos se remontan hacia principios del siglo XIX. Fecha en la cual una joven bohemia de veinte años se alzó con una apuesta intelectual, fraguada en una noche con enormes proporciones dionisiacas. Cuenta la leyenda que la novel escritora inglesa sorprendió hasta al mismísimo Lord Byron, al momento de relatarle la historia que luego hubo concebido su insomne intelecto.

Basándose en el relato del mitológico Prometeo (dios griego creador del hombre, ladrón del fuego, acaparador de la inmortalidad e indudable benefactor de la humanidad), la bisoña Mary Shelley realizó las modificaciones necesarias para hacer dotar

de incuestionable eternidad el espíritu de su novela.

“El Moderno Prometeo”, luego mejor conocido por el nombre de *Frankenstein*, dejó a un lado las historias esotéricas, fantásticas, mágicas y religiosas, como las de *El Golem*, y se ciñó hacia un relato rigurosamente basado en postulados científicos y sus repercusiones tecnológicas y sociales.

La trama, que trata sobre un doctor capaz de reanimar a un cuerpo carente de aliento mediante descargas eléctricas, mantenía una línea de una sórdida logicidad de acontecimientos que configuraron algo más que otra historia de desvelo. El hombre, al momento de jugar a ser el creador, sostenía una posición contra todo orden natural que, a la larga, se le revertiría en su contra. Hecho materializado en el trágico designio que acompaña al doctor *Frankenstein* y a su creación hasta las últimas páginas del escrito.

La cantidad de películas que se han rea-

lizado, a raíz de la invención literaria de Mary Shelley, es enorme. Sin embargo, y obviando la importante producción fílmica, la joven escritora logró convertirse en clásico obligado al plantear una gama de escenarios científicos, teológicos y filosóficos; amén, de acuñar el término *Síndrome Frankenstein* como filtro necesario por el que deben pasar todas las historias, que pretendan encarar la ciencia-ficción. Después vendrían Karloff y DeNiro a reventar la taquilla mundial...

Era más de medianoche cuando el último helicóptero despegó. Obnubilado por el soma, y agotado por el prolongado frenesí de sensualidad, el Salvaje yacía durmiendo sobre los brazos.

Entre los cuernos utópico y primitivo de este dilema, yacería la posibilidad de la cordura, una posibilidad ya realizada, hasta cierto punto, en una comunidad de desterrados o refugiados del MUNDO FELIZ, que viviría en una especie de Reserva.

Aldous Huxley